

El regalo

Miró a su alrededor. Estaba tirada sobre una banca del parque cercano a su casa con una botella de vino sin abrir y un gato que le lamía los pies descalzos y adoloridos. Trató de recordar cómo había llegado al parque, pero le era imposible. El sol brillaba. Se levantó mareada. Una familia pasó cerca con algunos regalos que sobresalían de una bolsa de papel. Los padres apuraron el paso, los niños volvían la cabeza para mirarla con extrañeza a medida que se alejaban. Inició torpemente la marcha a casa botella en mano. Encontró la puerta de su apartamento abierta y al revisar su cartera supo que le habían sustraído todas sus tarjetas y el efectivo. También faltaban otras cosas. Quizás el mayor regalo que había recibido en estas fiestas era estar viva. Abrió la botella de vino, la vació entera en el fregadero y brindó por eso. ¡Salud!

Inició el ritual hacia las tres de la mañana del 25 de diciembre. Se puso un vestido rojo y largo que no había usado en mucho tiempo, pues no tenía una vida social muy movida. Mientras encendía las velas en el altar que había armado para la ocasión, recordó tiempos pasados. No siempre estuvo sola en estas fechas. Podía sentir aún el abrazo de Eric, las risas que resonaban en los bordes de las copas de cristal donde se sirvió champañá, el crujir del papel de regalo, los ladridos del perro al unísono con los fuegos artificia-



les, las felicitaciones de mamá, las quejas de papá, los holas de las hermanas, los quihubo de los amigos. Esa vida permanecía inmóvil y eterna en las fotos del álbum, pero su vida actual, la que se movía en tiempo real, en donde no se podía apretar el botón de rebobinar ni el de adelantar, donde se está atrapada en el ahora aunque se intente asirse al pasado con todas las fuerzas, en esta vida las últimas Navidades eran silenciosas y largas. Los brazos masculinos ahora rodeaban a otra; el perro, luego de ambular entre ambos litigantes, terminó en casa de una prima; mamá y papá se ocupaban de unos nietos recién estrenados, cortesía de su hermana menor; y los amigos eran luces tan fluctuantes como luciérnagas.

En el altar había tres velas: una azul, una roja y una blanca. Encendió la vela azul, que representaba el elemento aire, y se tomó una copa de vino tinto de un solo sorbo. Respiró profundamente, despejó su mente de pensamientos aleatorios y se concentró en la llama mientras clamaba por Céforo, viento benéfico, para que le trajese visiones de futuros no vividos. Pronto, como si estuviese ante una pantalla de cine, se vio a sí misma rodeada de tres niños que seguramente debían ser sus hijos. Éstos, dos varones y una niña, la miraban con expectación. Se atrevió a sonreírles tímidamente. —Tengo hambre—dijo en voz alta el mayor. La niña empezó a lloriquear pues el mayor, mientras se quejaba del hambre, golpeaba una muñeca contra la mesa. El benjamín, un bebé que apenas se sostenía sobre sus dos piernitas, caminaba de aquí para allá esparciendo un olor abominable que ameritaba cambio de pañal inmediato. Beatriz no sabía hacia donde correr, el estremo de madre se le hacía súbito y en demasía. Decidió correr hacia el bebé quien se resistió a que lo colocase sobre la mesa del comedor. —¿Y el jamón, mamá? —preguntó el mayor. Jamón, ¿qué jamón?, pensó Beatriz mientras le limpiaba el trasero al bebé, botaba el pañal desechable al tacho de la basura y le ponía uno nuevo. Ahora sí estamos bien, se dijo mientras cargaba al bebé. Alguien la jalaba de la basta del pantalón, era el mayor que hacía una pataleta en el piso. El llanto ya era mucho cuando apareció de sopetón el marido: ella supuso que debía serlo por el parecido con los llorosos. Éste agarró al de la pataleta y lo levantó por la solapa del suéter. La niña paró de llorar inmediatamente y se pegó a las piernas del padre. El chiquitín le alzaba los brazos. —¿Y el jamón?—inquirió el hombre. Beatriz no sabía qué responder. Se levantó como una autómatas poniendo al bebé en brazos del padre y se dirigió a la cocina donde al abrir

el horno vio una imagen de terror: una piana de jamón carbonizada. Cerró el horno de golpe. Yo...pero no podía proseguir. La familia la miraba con ojos acusadores. Abrió sus ojos y la vela azul parpadeaba ante ellos. Se sirvió otra copa de vino. Quizás no era tan malo estar sola. *Que el aire se lleve aquellos deseos que no han de ser.* Sentía las orejas calientes. Contempló el nacimiento, a María y a José ante el niño Jesús. Se postró ante el mismo: *quizás no todas tenemos vocación de María.*

Se persignó y encendió la segunda vela, la vela roja. *Que el fuego atice la llama de mis sentidos, que los avive y me permita ver otra Navidad posible.* Se tomó otro sorbo de vino antes de concentrarse en la llama. A medida que entraba en el trance, dejó de sentir sus brazos y piernas. Tuvo una visión en la que corría mucho, estaba fatigada, deseaba parar, pero algo le decía que su vida corría peligro. Veía su imagen reflejada en las vidrieras de los negocios que relucían entre luces rojas y verdes, lazos y bastones, San Nicolás y renos. Deseó no ser estos huesos y carnes que corrían sin zapatos por una calle que se le hacía larguísima. Estaba escasamente vestida. El hombre detrás de ella le gritaba que era una ladrona, que le devolviese el dinero o que hiciera su trabajo. Tomó un callejón a su derecha y se vio rodeada de adictos que parecían cuerpos inertes entremezclados con cajetas y basureros. Una leve llama iluminó brevemente la oscuridad. Sintió que una mano le halaba el vestido. Soltó un grito pero no paró de correr. El callejón tenía una salida sumamente angosta, la mano volvió a halarle el vestido, pero se quedó con un hilacho y un insulto atravesado en la garganta porque ella lograba salir por el otro lado y cruzar la calle sin ver. Sin ver que un auto venía a toda marcha y la levantaba por los aires y mientras caía le parecía recordar la estrella iluminada de una de las vidrieras. La llama de la vela roja titilaba y

Beatriz abrió sus ojos con dificultad. Verdaderamente que a algunos le iba peor que a ella. *Cabe preguntarse que hacen los adictos y las prostitutas durante estas fiestas...* Tomó directamente de la botella hasta vaciarla.

Puso la vela roja al lado de la azul en el pequeño altar y tomó la vela blanca. La encendió y se concentró en la llama. *Que del agua más pura surjan mis pensamientos mas cristalinos.* Se concentró tanto que empezó a sentir que su cuerpo flotaba. Se tumbó sobre la alfombra de la sala. Flotaba en una barca solitaria llevada por la corriente de un río tan amplio como un mar. El cielo era demasiado brillante, tanto que le cegaba y todo era luz, dentro y fuera de sí. Hacia donde se dirigía o de donde venía parecía irrelevante. Sintió que ella era la luz, el río y la balsa.

Mientras Beatriz se adentraba en la tercera meditación, dos sujetos, casi unos adolescentes, se introducían furtivamente a su edificio de apartamentos. Conocidos en el mundo del hampa y en varias estaciones de policía como Caso y Reincidente, subieron las escaleras furtivamente cerciorándose si las puertas estaban ajustadas, las ventanas cerradas o las alarmas funcionando. La puerta del apartamento de Beatriz no sólo no tenía alarma sino tampoco estaba bien ajustada y cedió fácilmente. Al entrar quedaron pasmados al contemplar a una mujer tumbada en la alfombra de la sala frente a un pequeño altar.

—Entonces—dijo Caso que no tenía mucha experiencia y aún titubeaba ante los incidentes inesperados. Reincidente lo miró molesto mientras le indicaba que lo siguiera a las habitaciones. Entraron al dormitorio de Beatriz y de manera rápida pero silenciosa fueron revisando las carteras y joyeros de modo que pronto se habían hecho de todo lo de valor, tarjetas de crédito y efectivo. Caso se metió un mp3 en el bolsillo del pantalón, un hurto puramente romántico pues tenía ya dos en

casa, obtenidos en asaltos a mano armada. Fueron a la cocina donde, con disgusto, constataron que la dueña poco le metía a lo culinario por lo que no hubo jamón ni pavo, ni uvas ni nueces, ni pastel de fruta, ni siquiera una rosca de pan de huevo. Esto enervó un poco a Caso y mucho a Reincidente, quien tenía poco aguante para pocas cosas. Hallaron una botella de vino intacta. Ahora iban de salida. Se detuvieron en la sala y observaron a Beatriz quien dormía. De forma sincronizada, bastó una mirada, la agarraron y se la llevaron con ellos escaleras abajo. Beatriz protestaba pero entre el sueño y el vino que se había tomado sus palabras salían a trompicones y sus brazos no lograban soltarse de los brazos extraños. Abrieron la puerta de entrada al edificio de una patada y salieron los tres al amanecer navideño donde todos parecían haberse recogido luego de tanto celebrar. Cargaron con ella un rato sin un claro deseo de qué hacerle, y pensaron muchas cosas, algunas más macabras que otras, pero finalmente Caso se dio por vencido y la soltó por lo que Reincidente casi se cae con el peso de Beatriz. *Coño, yo no cargo a esta ni un paso más. Ya es casi de día y no tenemos un auto.* Reincidente avistó la banca del parque justo frente a sus ojos. Arrastró a Beatriz como quien lleva un fardo y debido al esfuerzo no se percató que dejaba la botella de vino en la banca junto a la mujer. Retomaron su rumbo rápidamente sin mirar atrás, más livianos y sin dirigirse la palabra.

MELANIE TAYLOR. Ganadora del V Concurso Centroamericano "Rafaela Contreras" en Cuento Escrito por Mujeres 2009 que organiza la Asociación de Escritoras de Nicaragua (ANIDE) y del Concurso de Cuento Infantil "Medio Pollito" 2006, sección de adultos. Libros publicados: *Microcosmos* (Panamá, 2008), *Amables predicciones* (Panamá, 2005) y *Tiempos acuáticos* (Panamá, 2000).